

*Claro de Luna*

*Amanecer de las perlas.  
Fósforo encendido en una mina de plata.  
Azucena que cubre el mundo.  
Avance de los polos.  
Aparición del sol después de muerto.  
Aurora de los sepulcros.  
Vísperas del último día de la tierra.  
Oxígeno de los ángeles.  
Alma de las cascadas extinguidas.  
Velo de novicia.  
Diamante evaporado.  
Nebulosa caída.  
Convalecencia de las cumbres.  
Nieve para rellenar los abismos.  
Túnel de espejos.  
Bastidor de papel entre los árboles.  
Tumba del ruiseñor desconocido.  
Anemia de los jardines.  
Abanico de relámpagos mudos.  
Urna de vidrio para los campanarios.  
Mortaja de las mariposas.  
Harina para la cara de la muerte.  
Cal nueva de la esquina.  
Lámpara humilde de los patios abandonados.*

---

NOTA: Esta breve Antología de Poemas (escogidos por su autor) se publica como un homenaje a los 75 años del Maestro Rafael Maya, y a su consagración de más de medio siglo a enriquecer la poesía colombiana.

## *Ofrenda*

*Los operarios del sueño  
labran el campo nocturno,  
cavando, en la subconciencia,  
con instrumentos oscuros.  
Van sacando los instintos  
de sus estrechos reductos,  
y los deseos frustrados  
que nunca dieron su fruto,  
los ancestrales deseos  
mucho más viejos que el mundo,  
y los fieros apetitos  
cuyo mandato difuso  
golpea sobre la sangre  
como un martillo en un muro.  
Los operarios del sueño  
labran el campo nocturno.*

*Vienen, después, las doncellas  
de la mañana. Sus curvos  
aceros pasan cortando  
trigos y maleza juntos.  
Y los ofrecen al cielo  
como inocente tributo  
de un alma que nunca sale  
de aquellos reinos ocultos.*

## *La Espina*

*De todo cuanto he sido:  
del hombre universal que he ambicionado  
realizar, vanamente, prolongando  
hacia los cuatro lados de la vida  
todas las ramas de mi ser, y, a veces,  
dando, en sólo una flor, toda la fuerza,  
y toda la virtud en un perfume.*

*De todo cuanto he sido:  
del rey ilusionado  
—corona de papel, cetro de caña—  
que he fingido encarnar, entre las gentes,  
sin otro reino que la dura piedra  
donde he puesto los pies, ni otro ejercicio  
que el callado y constante de las lágrimas;  
del mendigo azaroso  
que otras veces he sido, recatando  
entre guiñapos, la perfecta gloria  
de haber robado mi caudal de estrellas  
en alta noche y en cualquier arroyo;*

*De todo cuanto he sido:  
del constructor de nubes,  
del fabricante de palacios de humo  
que en el desierto alzó torres y cúpulas,  
y ha llenado la selva de balcones;  
del que sacó las bestias mitológicas  
de la dorada cárcel de la fábula  
para hacerlas danzar en el tablado;  
del bufón y del príncipe  
que he sabido llevar, bajo mi capa,  
para sorpresa del pesado vulgo;*

*De todo cuanto he sido:  
del viajero que lleva los caminos  
y ríos de la tierra, paralelos  
al curso de sus venas, y del manso  
observador de los tizones rojos  
que calientan la cara del invierno,  
y descongelan, en el libro amigo,  
la perezosa flor de la metáfora.*

*De todo cuanto he sido:  
del ambiguo flautista  
que amenizó los inmortales diálogos  
de otro tiempo, y del músico ruidoso  
que restalla sus cobres en la plaza  
para que se encabriten los corceles;  
del cantor gemebundo  
que hace pasar la luna por las cuerdas  
de su instrumento, en el perdido barrio,  
y del loco que grita  
su razón contra el cielo, y se golpea  
imaginariamente con los astros;*

*De todo cuanto he sido  
no conservo ni el hábito ni el cetro,  
ni el anillo, ni el látigo,  
ni la canción siquiera,  
ni ese ligero rastro de ceniza  
que deja todo ser, si arde o si muere,  
ni una letra perdida en una página,  
ni una palabra en el espacio errante,  
ni un grito entre la noche. ¡Nada! ¡Nada!*  
*De todo cuanto he sido  
me queda únicamente,  
larga, inflexible y empapada en sangre,  
esta bárbara espina,  
única realidad que sustentaba  
la apariencia de todos mis disfraces.*

## *Escala*

*Por la mañana, el serafín  
toca en la nube su clarín.*

*El medio día es el timbal.  
Golpea la mosca en el cristal.*

*La tarde serena es el arpa.  
Cantas las estrellas de plata.*

*Pero la noche es el piano.  
En la sombra surgen tus manos.*

## *La Palabra*

*Cuando yo digo una palabra, siento  
que se hace la creación.  
Es como si brotara un pensamiento,  
lo mismo que una flor.*

*Siembro, de esta manera, mi fecunda,  
mi vasta soledad.  
Un universo nuevo me circunda  
cuando acabo de hablar.*

## *El Grillo*

*¿Qué música acompaña  
este insomnio continuo,  
que almohada no permite,  
que no soporta libro?  
¿Será la flauta lánguida,  
o los violines finos?  
No, que ninguna música  
penetra en los oídos  
más hondamente, en medio  
del silencio infinito,  
llenando todo el ámbito  
del sueño ya perdido,  
que una pequeña música:  
la música del grillo.*

## *Infierno*

*Esta es la negra puerta,  
forjada con el bronce de la noche.  
Hacia adentro se extiende la vasta ciudadela  
maldita. De la puerta penden muchos candados,  
y una barra maléfica  
tan sólo se retira cuando penetra un alma.  
Tiene un sello de púrpura y una leyenda impresa  
con fuego, donde se hace  
una horrible advertencia.  
No dice, como antes: "Dejad toda esperanza  
los que aquí entráis", sino, con duras letras:  
Venid sin esperanza; no tendréis el trabajo  
de dejarla a la entrada de esta mansión siniestra.*

## *Balanza*

*Yo busco, en ciertas horas,  
el sublime equilibrio  
de un alma que se siente responsable  
ante la acusación del infinito.  
Pongo, de un lado, los dolores todos  
del mundo, y el castigo  
de las almas perdidas.  
Y en el otro platillo,  
contrarrestando el peso,  
pongo en tu nombre, Amor, sólo un suspiro.*

## *Astros*

*Estuve toda la noche  
enumerando los astros.*

*Me sobró la fantasía  
pero me faltó el espacio.*

*Entonces, dentro del alma,  
seguí los astros contando.*

## *Las Horas*

*Es la primera hora  
la hora de la luz. En ella sólo  
es permitida la oración. El cielo  
en el gran lienzo de la tierra estampa  
su faz, llena de luces.*

*En la segunda, el hombre agradecido  
parte sobre la mesa el pan humeante,  
y en la taza de arcilla  
vierte el agua que tiene, todavía,  
la frescura sabrosa de la noche  
y el olor de las hierbas saludables.*

*En la tercera caen los martillos  
sobre el yunque, al unísono.  
Dorado enjambre es la crujiente fragua,  
y el hierro, que se dora en el extremo  
como una antorcha, ofrece  
la sumisión completa de la tierra.*

*En la cuarta, los campos  
abren su entraña a la avidéz del aire,  
y el sol, de rubia frente,  
como un dios sembrador pasa regando  
la virtud de sus manos,  
que reparten las luces y las sombras  
según convengan a la feraz semilla.*

*La quinta es embeleso  
de las niñas de sien ensortijada  
que ríen sin cesar, mientras las madres  
armadas del dedal y de la aguja,  
van tejiendo el encaje  
frente a la misma perspectiva muda  
de un campanario gris y una colina.*



*La sexta es para el sueño  
rápido, bajo el sol de la ventana,  
cuando cesa la rueda de las horas  
para dejar fluir sólo el cansancio,  
y una abeja dorada  
presa entre los cristales, va zumbando  
como el estío en medio de los trigos.*

*En la séptima, el hombre  
medita un poco. Los amados libros  
abren sus claras páginas,  
y hay un sueño compacto en cada línea,  
y en cada letra un guiño luminoso,  
como, en las altas horas,  
acontece, a su vez, con las estrellas.*

*Es en la octava hora  
cuando se arma la ambición y surge  
en su poder la voluntad humana  
con el frío designio del acero  
que corta, por igual, los tallos débiles,  
la fértil cabellera de los niños,  
o la garganta de blancura heráldica.*

*En la novena, llega  
la venganza, con tácito cortejo  
de ensangrentadas máscaras.  
Sube la sangre en espirales trémulas,  
y al festín de la cólera se acercan  
nocturnos invitados,  
con su estrella de púrpura en la frente.*

*En la décima hora  
mulle el amor la hierba o bien las plumas  
para el cálido rito. Su agonía,  
tras una fiera exaltación de gérmenes,  
se acoge al sueño, al secular olvido,  
y de la misma muerte saca vida  
para nutrir de nuevo sus raíces.*

*En la undécima canta  
el ruiseñor. Los vientos de la noche  
discurren libres. Los balcones sueltan  
escalas para el beso,  
y besos y oraciones bajan juntos,  
como brisa y rocío a la floresta.*

*En la última hora  
ni el espacio ni el tiempo corresponden  
a la viviente realidad. Es que Ella,  
la hija primogénita del polvo,  
reina del sueño cósmico, adelanta  
su pie, mira, golpea, vuelve el rostro,  
y cesan los trabajos y los días.*

## *Imprecación*

*Hermanos, hermanos, cantemos  
la destrucción universal.*

*Se realizan las predicciones  
proféticas. Un anuncio fatal  
aparece escrito en los muros.  
Los cuatro cascos del caballo infernal  
marcan la tierra. Desde sus cimientos  
tiembla la lumínica catedral,  
y se revuelven las aguas del mar, socavando  
las torres que erigen su fanal.  
¡Oscuridad!  
¡Oscuridad!*

*Hermanos, hermanos, cantemos  
la destrucción universal.*

*En las cámaras subterráneas  
o en los laboratorios de cerrado cristal  
los operarios de la muerte, con máscaras de hierro,  
secundan el propósito mortal,  
buscando en las partículas del aire,  
en la virtud homicida de algún incógnito mineral,  
en la combustión de los huesos,  
y aún en el polen vegetal,  
el designio secreto que la implacable naturaleza  
persigue, en su dominio universal,  
para confirmar sus propósitos.  
¡Oscuridad!  
¡Oscuridad!*

*Hermanos, hermanos, cantemos  
la destrucción universal.*

*Resuenan voces sibilinas.  
Se escucha la trompeta augural.  
Vuelca el abismo, como un vaso de ignominia  
todos los hervores que hay en su entraña letal.  
Las montañas abortan  
impelidas por la violencia de algún influjo sideral,  
y las fuentes, en vez de agua,  
manan incontinentemente sal.  
Muere, así, todo germen donde haya un bálito de vida  
o una promesa florestal.  
Triunfa el conjuro categórico:  
¡Oscuridad!  
¡Oscuridad!*

*Hermanos, hermanos, cantemos  
la destrucción universal.*

*Muéra el santo, pérzca el héroe,  
caigan el niño y la doncella virginal,  
bajo la mano de cortesana babilónica  
que hace danzar a los imperios en su vertiginosa espiral  
de llama, y va pisando cañones y banderas  
en homenaje a su despotismo carnal.  
Que alce la copa, sobre el mundo agonizante,  
la impúdica triunfadora de la batalla final,  
mientras sus pies, sobre el polvo de los sepulcros,  
tejen danzas de la lujuria ancestral.  
Su boca lanza el grito tétrico:  
¡Oscuridad!  
¡Oscuridad!*

*Hermanos, hermanos, cantemos  
la destrucción universal.*

*Sin embargo, una luz persiste  
sobre el Gólgota inmemorial.*

*Génesis*

Quise ordenar mi caos  
y lancé una gran voz sobre el abismo  
y al punto el torbellino  
difuso, en que alentaba mi conciencia  
—tímida larva del riñón nocturno—  
se agitó denunciando, en movimientos  
de angustia precursora,  
el natalicio de la luz, milagro  
de creación contenido en la palabra.  
Se hizo la luz y yo ordené que fuese  
continua, sin levante ni crepúsculo,  
en homenaje a mi naciente mundo,  
desde ese día consagrado al canto.  
Vino después una gigante estrella  
—a mi segunda voz— Unica y pura,  
dominadora del espacio rítilo  
y árbitro de la bóveda infinita,  
allí quedó, como tranquilo término  
al único camino de mis ojos.  
Más tarde fue creada,  
de rosa, hecha de idéntica sustancia  
que la luz, e inmortal como la estrella.  
También la rosa señaló un camino:  
el del amor errante.  
Con estos seres mi creación fue hecha,  
y quedó equilibrado mi universo.

## *La Mansión Abandonada*

Los que pasáis por aquí, ya sea en procesión,  
en las tardes de ventisca o en las mañanas con sol,  
o los que vais, viandantes de gran peregrinación,  
a las grutas de la Virgen o al santuario del Señor,  
deteneos, un momento, frente a este caserón  
que tiene un pino a la puerta y una viña en derredor.  
Este es el zaguán umbroso, que alumbra un viejo farol  
con su cadena de hierro y sus vidrios de color.  
Un cuadro, casi borroso, tras siglos de devoción,  
se sostiene entre un castillo que, con hilos de temblor,  
levantaron las arañas que viven en un rincón.  
Cuando hayáis traspasado el añoso portalón  
os recibe un patio grande donde cada corredor,  
con sus pilares de piedra, se abre frente al surtidor  
que reúne mil cascadas en un único temblor.  
Salta el agua remedando la industria del tejedor  
que hace banderas de oro o mantos de tornasol  
entretejiendo hilos de aire con agujas de ilusión.  
El patio, siempre en abril, parece una sola flor  
abierta bajo el amparo del tejado protector.  
Miles de abejas, formadas en compacto batallón,  
se aprovisionan de miel para toda la estación.  
¡Bien prefiere a las colmenas la providencia de Dios!  
Llegan al patio, simétricas, las horas que da el reloj  
instalado en la pared del más antiguo salón,  
y es el reloj como el pulso de toda aquella mansión  
que vive sólo en dos ritmos, como un vasto corazón,  
pues aspira, por el día, silencio confortador  
y por la noche se exhala en un aire de oración.  
Frente a la puerta hay un galgo, otro tiempo corredor,  
que sólo alza la cabeza cuando suena el aldabón.  
¡Ha muchos años que espera, cada día, a su señor!  
A un ángulo de la sala, en lustroso aparador,  
ofrece su vientre un cántaro con vino de buen sabor,  
y amplias sillas repujadas, de rara fabricación,

*imprimen sello monástico a la opaca habitación.  
Libros ociosos, que viven huérfanos de su lector,  
ocultan docta enseñanza o magnífica lección  
bajo las tapas inválidas del ya desnudo cartón.  
En lo alto vese sólo un polvoroso balcón  
que en cierto día de luto una persona cerró  
para siempre. Sólo un rayo purísimo y bienhechor,  
como en el día primero hace efectiva su acción  
despertando miles de átomos con su dedo creador.  
Hay flores desconocidas en un árido jarrón,  
flores que fueron el lujo de una época mejor.  
No quedan ni las raíces de esa estirpe que pasó  
con su perfume de un día que hasta la tierra olvidó.  
Mas adentro se abre el claro y espacioso comedor  
con frutas medio resecas y algún compacto terrón  
de azúcar, que al colibrí suministra su ración.  
En los cristales golpea un abejorro zumbón  
que anuncia todo el verano con su alocado tambor.  
Las hojas de los rosales que el viento zarandó  
revuelan sobre la mesa donde hay restos de un velón  
que a las tertulias domésticas con su pantalla invitó.  
Reina una calma profunda y un nostálgico sopor  
que corta el vuelo de alguna paloma que atravesó  
buscando el hueco abrigado de su viejo torreón.  
Hacia el final muere el huerto. Sólo una esponjada col  
opone a tanto abandono su resistente verdor,  
y algunas hierbas tenaces que buscan su protección  
sueñan con la fresca orilla de un río consolador.  
La tierra que agradecía el golpe del azadón  
salta en ásperos terrones que el tiempo petrificó,  
y en la acequia los guijarros, ora sueltos o en montón,  
de la fábula del agua olvidaron la invención.  
Cae la tarde. Ya la noche va colgando su crespón  
donde, antaño, muchas luces, ardiendo en su velador,  
hacían de cada muro retablo de altar mayor.  
En cada rincón miedoso hay un eco evocador.  
Surgen y desaparecen letras hechas con carbón.  
Se balancean las puertas como en siniestro ciclón.*

*El can olfatea la tierra. Un antiguo servidor  
traspasa una puerta, duda, desaparece veloz.  
Entonces yo me adelanto, solo, y exclamo: ¡Aquí estoy!  
¡Salid, vosotros, los muertos! Tú, padre trabajador,  
hermano abnegado, madre sepultada en el dolor!  
¡Levántate de la tierra, pasada generación,  
y alzaremos esta casa con indomable valor!*

*Todo retorna a la calma. Sólo responde a mi voz  
la carcoma que prosigue en su incesante labor.*



## Cementerio Frente al Mar

Aquí, frente a este mar multisonoro,  
"el de sonrisa innumerable", como  
lo canta Homero; frente al gran zafiro  
que opone al cielo su cambiante cúpula,  
aquí se alza el cementerio pobre,  
en toscas cruces y averiados túmulos,  
donde duermen anónimos marinos  
que, al solo impulso de la frágil vela,  
cruzaron este mar, como se cruza  
con pie descalzo el suelo de la patria.  
Nadie sabe sus nombres. De las piedras  
borraronse las fechas y los símbolos.  
Ya la piedad filial no los circunda  
de flores, y las pálidas mujeres  
que, en las ociosas tardes del domingo,  
aquí venían a llorar en grupos,  
viven ahora en extranjera tierra,  
cuidan sus propias casas, y a los niños  
previenen contra el mar. ¡Allí encontraron  
tumba, hace muchos años, los abuelos!  
Solos están, frente a su mar inmenso,  
hijos ya de otro océano sin fronteras.  
Sobre su sueño, en tan estrecho límite,  
se juntan esas dos eternidades.  
Solos están. Cuando el viajero pasa  
por allí, mira el mar, y lo embelesa  
tanto azul en continuo movimiento,  
y tanta luz que deja en cada ola  
la vanidad de su penacho blanco.  
Contempla cómo, desde el horizonte,  
para inundar la playa con su aroma  
avanza la pradera de violetas,  
y cómo, tras el cálido homenaje,  
hacia las brumas del confín abierto  
vuelve otra vez aquel jardín flotante.

Mira abismarse, en el espejo unánime,  
gozoso de sí mismo, el firmamento.  
Bajan las nubes al cerúleo abismo,  
y al cambiar su flotante vestidura  
por la rizada túnica del agua,  
pasan, corren y giran en el fondo  
con más agilidad que en el espacio.  
Pero ellos están solos. Al cercado  
recinto donde duermen, solo el viento  
del mar, que ciñe el cuerpo de la ola,  
o bien discurre cual si solo fuese  
aire que sobra a la redonda vela,  
penetra por el blanco cementerio  
que resplandece en su meseta alta  
como aldea de piedra en el desierto,  
con los negros cipreses que respetan  
la vejez de los altos minaretes.  
Sólo el viento del mar les queda de esa  
grande odisea. El viento que a su oído  
—receptáculo fino del misterio—  
refiere siempre la tremenda fábula  
del agua, de sus vórtices sonoros,  
de la encrespada ira que se atreve  
a despertar el mundo de titanes  
medio esbozados en el duro escollo;  
de la remota ola que va hinchando  
su seno, en una aspiración creciente,  
y al reventar en irisada espuma  
convierte en gracia su callada cólera;  
de las solemnes noches en que suben  
del océano, las estrellas rubias  
que trazan luego, con compás de oro,  
el escenario de la antigua vida,  
en tanto que, por el opuesto lado  
abandonando el pálido zodiaco,  
en las ondas, las bestias mitológicas,  
van a mojar el casco de diamante.  
Pero ellos están solos. Sin embargo

*sus voces resonaron, otro tiempo,  
por esas anchas playas. Su violenta  
juventud desposóse con las olas,  
y, respetando la nupcial promesa,  
fueron solo del mar. Cerca de ellos  
y desnudas, pasaban las doncellas  
destrozando rosados caracoles  
con el pie más rosado, y en la arena,  
al resplandor de sus cabellos húmedos  
se encendían las conchas, como soles.  
Pero ellos sólo al mar los ojos dulces  
tendían. Con las velas de colores  
iban rompiendo en inconstante espejo,  
y cumplían la cita, puntualmente,  
hoy contraída con alguna roca,  
mañana con un faro solitario,  
después con una gruta resonante.  
Fue su enseñanza la del mar. Su escuela  
la disciplina del potente remo  
que va partiendo, con perfecto número,  
las incontables sílabas del agua;  
y su mayor sabiduría, el canto,  
y su más alta perfección, la fuerza,  
el alma prisionera de los ojos  
y el instinto pendiente del oído.  
Y envejecieron. Las tupidas barbas  
fueron como la espuma; mas sus ojos,  
torpes para las cosas inmediatas,  
enumeraban, en el horizonte,  
chimeneas de barcos, y gaviotas.  
Pronto no vieron nada, y vacilantes  
en ese nuevo mundo de la sombra,  
y, sin embargo, fieles a la arena,  
y más pegados a sus viejas rocas,  
fueron cayendo al fin, y de la playa  
hasta su sombra se borró, fundida  
en un confuso azul de piedra anónima.  
Hoy están allá arriba, en su escollera.*

*El mar siempre es el mismo. Algunas veces,  
de violeta y azul, copia las tumbas  
que entonces flotan, como barcas mínimas,  
en la ilusión cambiante del reflejo;  
pero otras se levanta y se revuelve  
y borra de su seno esas imágenes,  
pareciendo más quieto y más solemne  
frente al mar, el pequeño cementerio.*

## *Pan*

*Mirad lo que he salvado  
de este desastre de las aguas locas  
que anudan sus rugientes torbellinos  
en sonoras vorágines.*

*De estas rompientes que descuajan vivas  
montañas y las llevan  
a poblar otros valles remotísimos.*

*De estas feroces oleadas turbias  
que deshacen las rocas milenarias  
y conducen el lodo a viejos deltas  
de ríos primitivos.*

*Mirad lo que he salvado:  
este trozo de pan.*

*Mientras crecen las aguas sobre el mundo  
ven, comamos en paz.*

*Mirad lo que he salvado  
de este fuego estival que lo devora  
todo, como una bestia  
que lleva en sus entrañas el infierno.*

*De estas llamas que brotan  
por todos los resquicios de la tierra  
y ablandan los guijarros y convierten  
en aceite los sólidos granitos.*

*De estas ráfagas sordas  
que traen el lamento  
de las antiguas razas condenadas.*

*Mirad lo que he salvado:  
este trozo de pan.*

*Mientras el fuego acaba con el orbe,  
ven, comamos en paz.*

*Mirad lo que he salvado  
de esta furia increíble del granizo  
que dispara hacia el campo  
desde la línea móvil de las nubes.*

*De este compacto ejército  
del hielo, que levanta fortalezas  
erizadas de agujas,  
y corta, con cuchillo de diamante,  
la efímera ilusión de la verdura.  
De este frío impasible  
que congela la voz de las campanas.  
Mirad lo que he salvado:  
este trozo de pan.  
Mientras alza la nieve sus pirámides,  
ven, comamos en paz.*

*Mirad lo que he salvado  
del humo y la ceniza que vomitan  
a un tiempo chimeneas y volcanes.  
De este polvo incesante  
que esparcen los sepulcros y las plazas.  
De esta escoria que arroja de los hornos  
la combustión de oscuros minerales,  
y que aboga, debajo de su manto,  
el germen de las nuevas primaveras.  
De esta lluvia de dardos  
invisibles, que arroja la mecánica  
en su furor de ruedas y motores.  
Mirad lo que he salvado:  
este trozo de pan.  
Mientras la vida extinguese en las fábricas,  
ven, comamos en paz.*

*Mirad lo que he salvado  
del popular tumulto en que el escorzo  
de los puños anuncia la caída  
del templo, bajo el humo de la pólvora,  
el vencimiento de los nobles arcos  
y el gran derrumbamiento de las cúpulas.  
De la encrespada ira  
que sube, como un agua de venganza,  
trémula toda de purpúrea espuma.*

De la blasfemia insólita  
 que, como un vaho del humano abismo,  
 sube a nublar la luz de las estrellas.  
 Mirad lo que he salvado:  
 este trozo de pan.  
 Mientras ruge la sombra en las ergástulas,  
 ven, comamos en paz.

Mirad lo que he salvado  
 de mi propio dolor, y de la angustia  
 que cae sobre mí, como la noche  
 sobre un muro salvado de las llamas.  
 De mi pavor constante  
 que lanza su sacta indagadora  
 hacia el vacío, persiguiendo una  
 sola verdad en la mudanza cósmica.  
 Del miedo cotidiano  
 al no ser, que me corre por las vértebras,  
 e instala su fantasma en mi conciencia.  
 Mirad lo que he salvado:  
 este trozo de pan.  
 Mientras la fiebre salta en mis arterias,  
 ven, comamos en paz.

Si, al repartirlo, tu piedad bendice  
 este trozo de pan,  
 podremos, sí, reconstruir el mundo  
 en cimientos de paz,  
 pues toda bendición que al pan se otorga  
 conjura una remota tempestad.